



Revista de la Facultad de Medicina

ISSN: 2357-3848

revista_fmbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia
Colombia

Vergara García, Ignacio; Toro González, Gabriel
EL LIBERTADOR Y SU MÉDICO EL Dr. REVEREND LA HISTORIA CLÍNICA Y LA
AUTOPSIA DE SIMÓN BOLIVAR
Revista de la Facultad de Medicina, vol. 53, núm. 2, 2005, pp. 124-140
Universidad Nacional de Colombia
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=576363929008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

OPINIONES, DEBATES Y CONTROVERSIAS

EL LIBERTADOR Y SU MÉDICO EL Dr. REVEREND LA HISTORIA CLÍNICA Y LA AUTOPSIA DE SIMÓN BOLIVAR

Comprender los vaivenes de la mente con base en cambios anatómicos sutiles explorados apenas con la luz del ojo humano nunca ha sido posible y tal vez nunca lo sea, pero ello no prohíbe breves incursiones en razonamientos lógicos. Del mismo modo tratar de encontrar la causa de la muerte de quien hace 175 años yace en la inmortalidad siempre será un intento atrevido y por ello pedimos su comprensión, amigo lector y a cambio le garantizamos que sus dudas, que este breve análisis no disiparán, son también las nuestras.

*“El último rostro es el rostro con el que te recibe la muerte”
Tomado de Alvaro Mutis (16)*

Introducción

La enfermedad que tuvo el Libertador a lo largo de su vida y las muchas crisis que presentó en los últimos años de ella sin duda tuvieron que influir en alguna forma en el desarrollo de las guerras de la independencia, el nacimiento de la república y tal vez mucho más, en la evolución de los hechos que llevaron a la desintegración de su obra política. Para conocer la secuencia y evolución clínica de su enfermedad se ha tomado fielmente la mayor información posible de los diversos autores citados, representativos de la inmensa bibliografía que hay sobre el Libertador, transcribiendo casi textualmente muchos de sus textos. En forma somera hemos tenido el cuidado de relacionar los períodos de su enfermedad con el contexto histórico que se vivía en ese momento, sin embargo no pretendemos realizar una investigación histórica exhaustiva. Intentamos construir y estructurar el conocimiento de la historia clínica y relacionarlo con la información que conocemos de sus últimos momentos y de la autopsia del hombre más grande intimamente ligado a la historia de nuestra América.

La familia. Quebrantos de salud

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783, de una rica familia de la aristocracia criolla. El padre Juan Vicente murió, probablemente de tuberculosis, en el año de 1786 cuando el niño Simón tenía tres años. Su madre, Concepción Palacios de quién se dijo “tiene débiles los pulmones”, se mostró de naturaleza enfermiza, entristeció el hogar, vivió alejada de él encerrada en sus habitaciones; no lo podía atender por que estaba enferma de “tisis” y murió de “consunción” el 6 de junio de 1792, quedando el niño Simón bajo la tutela del abuelo materno y

de los tíos Palacios, Feliciano y Carlos en Caracas y Esteban en Madrid. Tuvo muchos preceptores que fracasaron con él y finalmente su educación quedó a cargo de Simón Rodríguez quien lo acompañó a Europa y mantuvo su amistad hasta la muerte (6).

Los antecesores de Bolívar que no habían muerto en guerras o revoluciones habían caído víctimas del mal familiar, pulmones débiles y tuberculosos (6). Muy joven contrajo matrimonio en Madrid el 26 de Mayo de 1.802, con María Teresa del Toro, hija de adinerados caraqueños, se instalaron en su hacienda de San Mateo, cerca de Caracas. Ella murió en junio 20 de 1.803 de una enfermedad aguda que según algunos era “fiebres perniciosas” (paludismo?) (14) y según otros fue fiebre amarilla (12) Simón tenía 20 años. Volvió a Europa y vivió varios años en París. En 1807 llevaba una vida bohemia y disipada; su salud desmejoró sensiblemente y se avanza la posibilidad de que fue entonces cuando contrajo la tuberculosis que se tornó evolutiva y fatal. Debíó después someterse a un largo reposo en su residencia campestre de Caracas y se recuperó notablemente. Alguien escribió que “la tisis comienza por entonces a roer sus pulmones” (6).

Las guerras

Luego vinieron sus años de guerras, exilios y toda la lucha libertadora por la independencia de América. Era un hombre de talla baja 162 centímetros y 88 libras de peso. Se jactaba de sus proezas físicas y de haber vencido a los llaneros de Páez en nadar y cabalgar, con lo que se ganó su respeto. Era ambidextro y manejaba el sable con ambas manos lo que le dió ventajas en sus muchas batallas. No bebía licores fuertes, tomaba vino seco y espumoso en poca cantidad (12). Tenía algo de mestizo y muchos mal querientes lo llamaban el “zambo” Bolívar. Tuvo muchas amantes pero no tuvo hijos. De tanto cabalgar se le había formado alrededor del “sieso un callo escabroso como una penca de barbero que le mereció el apodo honorable de culo de fierro” (8). Desde que empezaron las guerras de independencia había cabalgado unas 18.000 leguas (una legua = 5.572 metros) recorriendo muchas veces en esta epopeya a la América del Sur de norte a sur y de sur a norte. Y la última vez ya muy enfermo un año antes de morir, en 1829 cuando la invasión de los peruanos al Ecuador, viajó de Bogotá a Quito y regresó luego de que Sucre los derrotó en la batalla del Portete de Tarqui. Y su viaje final en 1830, de Bogotá a Santa Marta y a la inmortalidad.

En junio de 1822 después de la batalla de Pichincha hizo su entrada triunfal a Quito, comenzaron sus amores con Manuela Sáenz y “estaba ya en la primera fase de la tuberculosis”. Nuevamente regresó a Quito en el año nuevo de 1.823, venía de Pasto. Llegó muy cansado, completamente agotado y su médico personal el Dr. Charles Moore, de la legión Británica, le propuso el descanso como el mejor remedio posible (12).

Bolívar llegó a Lima en septiembre 1 de 1.823 y en enero de 1.824 decidió viajar al norte, al puerto de Trujillo a donde llegó la flota con el ejército colombiano. Según unos (14) al tomar el camino de la costa, por los ardientes arenales y el clima malsano se afectó profundamente su organismo y se vio forzado a detenerse en la pequeña población de Pativilca. Según otros viajaba por barco y tosió, escupió sangre, vomitó durante varios días y estuvo tendido con los escalofríos de la fiebre. Temiendo por su vida el capitán del barco lo desembarcó en Pativilca,

pequeño puerto situado a unas 30 leguas al norte de Lima (12). Estuvo postrado durante ocho días con fiebre violenta, delirando, tenía tos, vómitos, escalofríos, cólicos, sudores fríos. Todos temían por su vida. Así duró ocho días, del 1- 8 de enero y comenzó a recuperarse lentamente. El diagnóstico de los médicos fue vago, dijeron que tuvo “tabardillo” pero es posible que fuera una vejrudecencia de tuberculosis (6) o por la diseminación de nuevas lesiones o reactivación de las antiguas. Los delirios eran frecuentes y los médicos lanzaron la hipótesis de una “fiebre cerebral” (14).

Su amigo don Joaquín Mosquera quien regresaba de Chile, salió de Lima “seguí por tierra a Pativilca y encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del “tabardillo” que había hecho crisis, pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico”. “Le pregunté y que piensa hacer usted ahora? Entonces avivando sus ojos huecos con tono decidido me contestó: Triunfar”(14,17). Se recuperó lentamente y siguió su viaje al puerto de Trujillo. El general Córdoba que venía de Guayaquil a Trujillo con el ejército colombiano, al encontrarlo relató “parecía mucho más viejo de los 41 con que en realidad contaba, rasurado el bigote, con profundas ojeras, escapado milagrosamente de la muerte, su estado general era el de una persona sumamente débil” (1).

Se recuperó completamente y fue capaz de dirigir la organización del ejército, ascender la cordillera y llegar a la sierra con alturas de 3.000 y más metros sobre el nivel del mar sin desfallecer ni enfermar del “soroche”, pasar el cerro de Pasco (4.331 metros) y en las llanuras de Junín dirigir la batalla que derrotó a los ejércitos españoles en agosto 6 y 7 de 1.824. Luego se dirigió a Lima y en diciembre de ese año después de la batalla de Ayacucho (diciembre 9) cuando el ejército colombiano comandado por el general Sucre (honrado luego con el título de Mariscal de Ayacucho), derrotó al ejército español en la batalla definitiva por la liberación del Perú, fue capaz de volver a la sierra, ir al Cuzco y luego al Alto Perú en donde fundaría la República que lleva su nombre (17).

En los últimos meses de 1.827, “meses decisivos para su obra que amenaza con derrumbarse, sus actos se nos presentan como faltos de continuidad y en su conducta pueden observarse bruscos saltos de entusiasmo, seguidos casi inmediatamente de verticales caídas de ánimo, que obedecían a la decadencia de su salud y a su escepticismo frente a los problemas a que se hallaba enfrentado en aquellos momentos en los cuales su obra política comenzaba a derrumbarse en el convulsionado escenario del continente” (14). “Se sentía débil y demasiado enfermo”. Se hundió durante semanas en el letargo de la indecisión, tembloroso en las agonías nocturnas de la fiebre y en las agonías diurnas de la melancolía (12). En los primeros meses del año de 1.828, “la salud de Bolívar iba declinando notoriamente, ya no podía andar a caballo dos horas continuas sin fatigarse” (17).

En abril 9 de 1.828 se instaló la Convención de Ocaña, convocada para dar una nueva Constitución a la República. El Libertador envió su mensaje que fue leído para la instalación, viajó a

Bucaramanga y allí esperó los resultados. La mayoría de los delegados eran del partido del general Santander. Uno de sus ayudantes el coronel Luis Perú de Lacroix dejó un diario de todo lo que aconteció durante los tres meses que permaneció allí, de marzo a junio (13). Durante esta permanencia en Bucaramanga su salud no tuvo mayores novedades; solamente anotó que el 13 de mayo “tenía el estómago cargado y un gran dolor de cabeza”. Su médico el Doctor Moore le recetó un vomitivo y el Libertador le dijo que no lo tomaría. “Los médicos son como los obispos, aquellos dan recetas y estos bendiciones”. “El Doctor Moore está enorgullecido de ser mi médico y le parece que esta colocación aumenta su ciencia, creo que efectivamente necesita de tal apoyo; en una palabra mi médico es para mi un mueble de lujo y aparato, no de necesidad; lo mismo que me pasa con mi capellán a quién he despedido” (13).

La convención fracasó y se disolvió el 10 de junio. Un movimiento en la capital el 13 de junio desconoció la convención y en actas copiosamente respaldadas por firmas nombró al Libertador como Supremo Dictador de Colombia; en los días siguientes en actas públicas en las principales ciudades lo respaldaron como única autoridad con poderes dictatoriales. Su oponente el General Santander quedó cesante de la Vicepresidencia y todo esto llevó a la conspiración contra su vida en el mes de septiembre de 1.828 (9, 10, 14, 15, 17).

La conspiración y el atentado

En la noche del 25 de septiembre el Libertador que estaba enfermo con fiebre y accesos de tos llamó a Manuela Sáenz que vivía a pocos pasos de la Casa de San Carlos, residencia del Presidente. A la media noche se produjo el atentado y Manuelita le salvó la vida haciéndolo escapar por la ventana de su habitación. Recorrió pocas cuadras y se refugió bajo el puente del Carmen sobre el río de San Agustín. Permaneció cerca de cuatro horas en el frío y empapado por las aguas del río. Pasó la noche tiritando de frío y de desengaño. Al ser rescatado “estaba pálido y demacrado, la voz era débil, los ojos sin brillo y temeroso de los enemigos” (1). Estos “deplorables sucesos causaron en el ánimo de Bolívar la impresión más profunda y duradera. Mirábalos como un sueño y decía que jamás había podido pensar que el odio y la maldad de sus enemigos llegaran hasta el extremo de irlo a asesinar” (2,3,15, 17). “En los días siguientes a la conspiración la salud del Libertador sufrió un gravísimo quebranto porque la amargura y la desilusión, al apoderarse de un espíritu tan susceptible a los agravios como el suyo y las horas que estuvo sometido al frío y a la humedad bajo las arcadas del puente del Carmen afectaron profundamente sus pulmones, ya muy enfermos y determinaron la presentación de los inequívocos síntomas de la enfermedad que contribuiría decisivamente a llevarle a la tumba” (14). Vivía en el refugio de su dormitorio atormentado por la fiebre y torturado por las dudas, la tos había vuelto y en sus labios con frecuencia había una saliva sanguinolenta, el rostro chupado y seco. La enfermedad lo estaba consumiendo visiblemente. Su aspecto empeoraba de día en día. En reemplazo del viejo Doctor Moore lo atendía un joven médico escocés, el Doctor Richard Cheyne, de 25 años, que había estudiado en Edimburgo y que diagnosticó un retorno de la tuberculosis (12).

“Más debilitado ya el cuerpo del Libertador por las fatigas de una guerra de 16 años, fue

moralmente asesinado el 25 de septiembre; jamás se restablecería de la honda y dolorosa impresión que le causaron los puñales asesinos. Parecía dondequiera especialmente en la noche, que los veía brillar y que iba a ser su víctima infalible” (17).

Y llegaron a Bogotá los días del “terror” con detenciones de todos los sospechosos, juicios sumarios muy rápidos, condenas a muerte, fusilamientos y ahorcados en la plaza mayor, prisiones y destierros. El General Santander fue condenado a muerte pero se le conmutó la pena por prisión en Cartagena y el destierro. El Libertador pasó una larga temporada de reposo en la quinta del pie de Monserrate con la compañía de Manuelita a quién llamaba “la “Libertadora del Libertador” a raíz de su actuación la noche del atentado. Luego siguió a Bojacá (2, 3, 5, 9, 10, 11, 14, 15, 17).

Últimas guerras y abandono del poder

De Bojacá partió en diciembre al Cauca a combatir un alzamiento del General Obando y la invasión del Perú al sur de Colombia (Ecuador) con la intención de anexarse la provincia de Guayaquil. El Libertador todavía muy débil viajó a Guayaquil; el Mariscal Sucre ya estaba en el Ecuador, quedó al mando de los ejércitos y se terminó la guerra al derrotar Sucre a los ejércitos del Perú en la batalla del Portete de Tarqui el 27 de febrero de 1.829. En Guayaquil, Bolívar “cayó gravemente enfermo desde el 3 de agosto y estuvo en riesgo inminente de morir hasta el día 10 cuando comenzó a mejorar. Padeció un violento ataque de nervios y de cólera morbo con fuertes calenturas. Esta grave enfermedad que le dejará débil y extenuado, provino en parte del clima insalubre en la estación del invierno y de los cuidados de la campaña; pero se atribuye principalmente a una fuerte pasión de ánimo causada por los continuos ataques y escritos que se publicaron contra él...” Para reponer su salud tuvo que trasladarse a la isla de Santay al frente de Guayaquil (agosto 31). En carta al General O’Leary dijo “no es creíble el estado en que estoy, según lo que he sido toda mi vida, y bien sea mi robustez espiritual ha sufrido mucha decadencia o que mi constitución se ha arruinado en gran manera, lo que no deja duda es que me siento sin fuerzas para nada y que ningún estímulo puede reanimarme. Una calma universal o más bien una tibieza absoluta me ha sobrecogido y me domina completamente. Estoy tan compenetrado de mi incapacidad para continuar más tiempo en el Servicio Público, que me he creído obligado a descubrir a mis más íntimos la necesidad que veo de separarme del mando supremo para siempre.....” (14, 15, 17).

El 22 de septiembre se firmó el tratado definitivo de paz con el Perú y el 23 viajó a la ciudad de Quito a donde llegó el 20 de Octubre. En julio y septiembre había enviado cartas a sus Secretarios (Ministros) en las que decía estaba “aniquilado moral y físicamente” y que ha resuelto “separarse definitivamente del mando. El alzamiento y muerte del General Córdoba en Antioquia en septiembre y octubre de 1829, lo afectó mucho y escribió “estoy cansado...no puedo más, no puedo más”. Había convocado a un Congreso Constituyente que se reuniría el año siguiente en enero. Llegó a Quito en octubre 20 y partió para Bogotá en octubre 29 para llegar el 15 de enero de 1.830 (14, 17).

Esta última entrada a Bogotá fue dramática. Ya no fue como las entradas triunfales de años atrás



Figura 1. Retrato a lápiz del Libertador, por el pintor granadino José María Espinosa, posiblemente hecho en mayo de 1.830.

a Bogotá, Quito o Lima. El gobierno había organizado un desfile militar impresionante, con un ejército de 4.000 hombres de milicias y caballería, arcos de triunfo, descargas de cañones, repiques de campanas, pero la multitud permaneció triste y en silencio y el Libertador estaba muy enfermo, pálido, extenuado, con la voz honda apenas perceptible, las mejillas chupadas, los labios lívidos, el rostro febril y continuaba con la tos devastadora. Estaba indiferente a todo (14).

Los cambios que se operaban en el Libertador se advierten mejor observando la iconografía de la época desde 1.824 a 1.830. El empeoramiento de la enfermedad se aprecia mejor en los retratos del pintor granadino José María Espinosa en 1.830. Estos cuatro retratos hechos a lápiz entre enero y mayo de ese año, antes de su viaje de Bogotá a Honda, muestran la evolución del semblante envejecido, exhausto, demacrado en plena decadencia física y se anuncia la próxima disolución de su cuerpo (4, 8, 16). De estos cuadros seleccionamos sólo el que a nuestro juicio es el más representativo de lo que le acontecía (Figura 1).

El Congreso Constituyente se instaló en enero 20 de 1.830, allí leyó su mensaje y solicitó separarse del ejercicio del poder por hallarse muy enfermo, pero no le aceptaron ni nombraron sucesor. Entonces en marzo 1, encargó del poder ejecutivo al general granadino Domingo Caycedo, entregó el mando y se refugió en el campo o quinta de Fucha, en los extramuros de la ciudad, a reponer su salud que se hallaba muy deteriorada, tanto por el trabajo, como por los sufrimientos morales que le causaban sus enemigos en la Nueva Granada y en Venezuela. Desde aquel día no volvió a ejercer el poder ejecutivo. Se volvió irritable y colérico, entraba en conflicto con los Generales Urdaneta y Castillo. Da expresiones duras y pierde la calma en una reunión del Consejo de Ministros (17). “Estaba gastado física y moralmente. Sus largos trabajos y fatigas así como sus crueles sufrimientos morales en medio de la tempestad que por todas partes se había levantado contra él, debilitaron su cuerpo y su alma ya no obraba con su antigua energía y acierto”. Aconsejado por sus amigos acepta separarse del poder y salir del país y así dirige al Consejo su último mensaje. El Congreso le contesta el 30 de abril, nombra como Presidente a su amigo Don Joaquín Mosquera y Vicepresidente al General Domingo Caycedo (14, 15, 17).

En Fucha permaneció hasta la partida al exilio. Manuelita lo visitaba con frecuencia pero no se quedaba allí. Se encontraba muy deprimido como lo evidencia una larga conversación que tuvo a finales del mes de abril, con su amigo el entonces Coronel Joaquín Posada Gutiérrez y que este deja consignada en sus memorias: “una tarde salimos solos a pasear a pié por aquellas bellas praderas... su andar era lento y fatigoso su voz casi apagada. Mirando la corriente del riachuelo: “Cuánto tiempo”, me dijo, tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se sutiliza, como la gloria humana, como la fama. De repente apretando las manos contra las sienes, exclamó con voz trémula: “¡Mi gloria!, ¡Mi gloria!, ¿Por qué me la

arrebatan?, ¿Por qué me calumnian?....” (2, 14, 15). El Libertador pasó la última noche en la casa de un amigo. Antes de irse Manuelita que lo visitaba, presentó un severo acceso de tos y luego su servidor José Palacios encontró al General a merced del delirio. Le oyó decir frases descosidas que cabían en una sola: “nadie entendió nada”. El cuerpo ardía en la hoguera de la calentura.”Era lo que él llamaba mis crisis de demencia” que ya no alarmaban a nadie, pues hacía más de cuatro años que las padecía. En la casa estaban reunidos muchos amigos civiles, militares y diplomáticos y un destacamento militar para protegerlo, pues se presumía un nuevo atentado contra el Libertador. Se despidió de Manuelita, que se iría para su casa y al día siguiente lo vería de lejos salir de la ciudad. En la reunión de despedida un diplomático comentó “esto parece un funeral”. Lo acompañarían en la primera jornada un grupo de delegados del gobierno, militares, diplomáticos y amigos. El diplomático inglés escribió en un informe a su gobierno: “el tiempo que le queda le alcanzará a duras penas para llegar a la tumba” (8).

El último viaje

Bolívar salió de Santa Fe de Bogotá el 8 de mayo de 1.830 a las 6 horas de una mañana lluviosa y triste con rumbo a Cartagena y sin saber a donde iría después. Iba acompañado por un grupo de amigos y un pequeño destacamento militar para protegerlo. “En el sitio de Cuatro Esquinas, donde empezaba el camino empedrado, Manuela Sáenz sola y a caballo esperó el paso de la comitiva y le hizo al General desde lejos un último adiós con la mano. Él le correspondió de igual modo y prosiguió la marcha. Nunca más se vieron” (8,12).

Atravesó la sabana esplendorosa y llegó a Facatativá donde pasó la primera noche, luego siguió ya por tierra caliente y pasó la segunda noche cerca de Guaduas. Todo el tiempo tenía fiebre. En la última etapa de este viaje llegó hasta Honda donde permaneció varios días. La primera noche en Honda “está postrado de la fiebre, sucumbía a la calentura, desvariando casi a gritos en un pantano de sudor”. El segundo día estaba mejor, fue a un paseo y pudo nadar sin fatiga durante media hora. En la última noche fue a un baile en su honor y bailó tres horas seguidas (8).

El 16 de mayo inició la navegación por el río Magdalena. Viaja en una pequeña flota de champanes con un pequeño séquito de militares. En Monpox tuvo dificultad para subir al puerto, “titubeando a cada paso y sosteniéndose a duras penas pero logró llegar con la dignidad intacta”. En la noche habló dormido “prosiguió con un salterio de lamentos amargos, residuos de una gloria desbaratada que el viento de la muerte se llevaba en piltrafas” (8). Reinició el viaje el 21 de mayo. En Zambrano no recuerda hechos previos y el General “está cada vez más inquieto con las goteras de su memoria”. Por todos los sitios donde se había quedado, el temor a la tisis hacía que quemaran los tendidos de su cama y enterraran las vajillas. Llegó a Turbaco el 25 de mayo. Primero desembarcó en Barranca Nueva y en mulas siguió a Turbaco. Se alojó en la casa que fuera del Virrey Caballero y Góngora. En realidad estaba peor de lo que revelaba su mal humor, así se empeñara en ocultarlo, y hasta su mismo séquito observaba día tras día su erosión insaciable. No podía con su alma. El color de su piel había pasado del verde pálido al amarillo mortal. Tenía fiebre y el dolor de cabeza se había vuelto eterno, deliraba de fiebre. Los huesos eran visibles a través de la piel y no conseguía fijar la mirada. Estaba consciente de la fetidez y calor de su aliento. Los amigos notaban que había disminuido de estatura. Un visitante al salir dijo: “ya

tiene cara de muerto”. Permaneció en Turbaco 29 días (8).

El 24 de junio viajó de Turbaco a Cartagena con la intención de viajar a Inglaterra lo que se va aplazando y se abandona. El primero de julio llegó a Cartagena la noticia del asesinato del Mariscal Sucre ocurrido el 4 de junio en la montaña de Berruecos cerca de Pasto, en su viaje de Bogotá a Quito (3). Esto le produjo al Libertador un “dolor profundo por la desgraciada y temprana muerte de un jefe y compañero de armas tan célebre como querido”. “Por una coincidencia fatal, se expuso a un viento frío y húmedo aquella noche en que contrajo el constipado que se le agravó después hasta conducirlo al sepulcro”. Además el 14 de julio le informaron de la resolución del Congreso Venezolano de mayo 28, en la cual “se negaba a entrar en relación con el resto de Colombia mientras el General Bolívar permaneciera en su territorio”. Bolívar sintió profundamente este agravio, su salud ya mala se empeoró y esta nueva pena obró poderosamente en su alma devorada en amargura hasta el sepulcro (14, 17).

Se trasladó de la residencia en Cartagena a una más fresca en el cerro de la Popa. La fiebre y la tos se recrudecieron. El primero de octubre emprendió viaje a Santa Marta, pensando en seguir viaje a Jamaica y luego a Europa. La primera jornada fue a Turbaco. La lluvia, los dolores en el bazo y en el hígado, la fiebre y la postración lo llevaron a la villa de la Soledad en donde permaneció los meses de octubre y noviembre. La primera noche en Soledad sufrió un ligero vahído. Se sintió tan mal que aceptó que lo viera un médico, pero con la condición de que no lo examinara y que no pretendiera darle nada de beber. Entonces vino el Doctor Hércules Gastelbondo, sólo para charlar. El doctor era un anciano comprensivo, plácido y muy paciente, con gran incredulidad a los medicamentos. Establecieron una buena relación y el Doctor Gastelbondo lo siguió visitando hasta que viajó a Santa Marta. El mayor peligro era caminar. Un día cuando se disponía a bajar solo las escaleras, se le desvaneció el mundo, “me caí de mis propios pies, sin saber cómo y medio muerto”. La soledad y la ingratitud de sus amigos le provocaron una profunda melancolía y un gran decaimiento de ánimo, se agravó su enfermedad “catarro pulmonar descuidado” (8).

El primero de diciembre se embarcó rumbo a Santa Marta en el bergantín “Manuel” de propiedad del español Joaquín de Mier; iba escoltado por la fragata “Grampus” de los Estados Unidos que tenía abordo a un buen cirujano, el Doctor Night. El General Montilla vio el estado de lástima en que se encontraba el Libertador y consultó a su médico local. El Doctor Gastelbondo le dijo “no creo siquiera que soporte la travesía”. El movimiento del barco en la última parte del viaje afectó mucho al pasajero. Llegaron en la tarde a Santa Marta, lo bajaron del barco en silla de manos y lo alojaron en la casa de la Aduana. Don Joaquín de Mier recuerda “la criatura de pavor que desembarcaron en andas, apenas con un soplo de vida”, recuerda “su mano ardiente, su aliento arduo”. En los días siguientes se aliviaron algo la tos, el dolor en el pecho y el insomnio (8).

Tan pronto llegó a la casa de la Aduana lo atendió el Doctor Alejandro Próspero Reverend, el médico francés de Santa Marta, quien se dio cuenta de que había empezado a morir desde hacía años. Por la languidez del cuello, la contracción del pecho y la amarillez del rostro pensó que la causa mayor eran los pulmones dañados. El Doctor Reverend y el Doctor Night no se pusieron de acuerdo, el primero estaba convencido de una lesión pulmonar y el segundo que era un paludismo

crónico. El día 6 lo llevaron al campo, a la quinta de San Pedro Alejandrino. La primera noche durmió bien y al día siguiente restablecido de sus dolores hizo un recorrido por los trapiches y el día 10 completamente despejada su mente dictó cartas, hizo testamento y dictó su última proclama. Lo visitó el obispo Estévez a puerta cerrada durante 14 minutos. El obispo salió descompuesto, se va y no vuelve a visitarlo ni asiste al entierro. Que sucedió ? Nadie lo supo. Después le dice a su servidor José Palacios “carajos. Cómo voy a salir de este laberinto?” (18). Poco después en uno de sus delirios le dice a su servidor “vámonos, vámonos... esta gente no nos quiere en esta tierra... vámonos muchachos... lleven mi equipaje a bordo de la fragata...” (15).

Esta vivencia debemos ampliarla, pero en lugar de intentarlo nosotros preferimos transcribir un corto fragmento de “El General en su laberinto” (1.989) de Gabriel García Márquez (8), quien a su vez la tomó del Doctor Reverend (1886) (8, 18): “No me imaginé que esta vaina fuera tan grave como para pensar en los santos óleos”, le dijo. “Yo, que no tengo la felicidad de creer en la vida del otro mundo”. “No se trata de eso”, dijo Reverend. “Lo que está demostrado es que el arreglo de los asuntos de la conciencia le infunde al enfermo un estado de ánimo que le facilita mucho la tarea del médico”.

“El general no le prestó atención a la maestría de la respuesta, porque lo estremeció la revelación deslumbrante de que la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final. El resto eran las tinieblas”.

“Carajos”, suspiró. “Cómo voy a salir de este laberinto!”

“Examinó el aposento con la clarividencia de sus vísperas, y por primera vez vio la verdad: la última cama prestada, el tocador de lástima cuyo turbio espejo de paciencia no lo volvería a repetir, el aguamanil de porcelana descarchada con el agua y la toalla y el jabón para otras manos, la prisa sin corazón del reloj octogonal desbocado hacia la cita ineludible del 17 de diciembre a la una y siete minutos de su tarde final. Entonces cruzó los brazos contra el pecho y empezó a oír las voces radiantes de los esclavos cantando la salvé de las seis en los trapiches, y vió por la ventana el diamante de Venus en el cielo que se iba para siempre, las nieves eternas, la enredadera nueva cuyas campánulas amarillas no vería florecer el sábado siguiente en la casa cerrada por el duelo, los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse” (8).

Más tarde sufrió una recaída súbita de la cual no se volvió a recuperar. Después se extinguió lentamente su vida, turbadas sus facultades mentales eran frecuentes el desvarío y los delirios y murió a la 1 de la tarde del día 17 de diciembre a los 47 años de edad, rodeado de su médico, sus amigos y su séquito de militares (8, 9, 11, 14, 15, 17).

El Doctor Reverend llevaba un “Diario sobre la enfermedad que padeció S.E. El Libertador. Sus progresos, disminuciones y método curativo seguido por el médico de cabecera Dr. Alejandro Próspero Reverend” (18). Escribió 33 boletines desde el 1 al 17 de diciembre de 1830, que se pueden resumir así:

No. 1- Diciembre 1: Muy flaco y extenuado. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos. Una inquietud de ánimo constante.

No. 3- Diciembre 3: Duerme muy poco, 2 a 3 horas las primeras de la noche, el resto desvelado y con desvaríos.

No. 4- Diciembre 4: Tos, expectoración y fiebre; come muy poco.

No. 8- Diciembre 8: Tiene fiebre, hipo amodorrado, entorpecimiento de sus facultades intelectuales.

No. 9- Diciembre 9: Tiene fiebre, hipo, delirio en la noche, trabajo para expresarse.

No. 11 al 12- Diciembre 10: En la noche peor, “síntomas de congestión en el cerebro”. Hipo, tos, expectoración. Disposiciones espirituales y temporales con serenidad y sin fallas en facultades intelectuales.

No. 15 al 16- Diciembre 12: Hipo, tos, fiebre, delirio. Aparece incontinencia de orina, que persistirá. Confusión mental fluctuante.

No. 17 al 18- Diciembre 13: Inquieto, incontinencia de orina, se agrava en el día, náuseas, vómito, tos, ya no expectora, muy abatido, sensaciones entorpecidas, confuso, “aberración de la memoria”.

No. 19 al 21- Diciembre 14: Sigue confuso, torpeza de sensaciones, incontinencia, facies hipocrática, sopor.

No. 22 al 27- Diciembre 15: Persiste estuporoso, balbucea, muy poca comida, confuso, hipo, extremidades frías, confuso, “desvaría continuamente”, balbucea, escaso alimento.

No. 28 al 30- Diciembre 16: Peor, en anuria, postrado, confuso, sigue delirando con disnea y pulso débil.

No. 32 al 33- Diciembre 17: Facies hipocrática, estuporoso, respiración anhelosa. A las 12 m ronquido y expira a la 1 pm.

A las 4 pm el Dr. Reverend realizó la autopsia del Libertador por el significado que este documento tiene para nuestra historia de la medicina ya que todo parece indicar que es el primer estudio postmortem publicado en Colombia de un caso de tuberculosis que compromete el sistema nervioso, transcribimos su texto literalmente:

Protocolo de la autopsia del Libertador

El 17 de diciembre de 1.830, a las 4 de la tarde, en presencia de los señores generales beneméritos Mariano Montilla y José Laurencio Silva, habiéndose hecho la inspección del cadáver en una de las salas de habitación de San Pedro, en donde falleció S.E. el General Bolívar, ofreció las características siguientes:

1. Hábitud del cuerpo. Cadáver a los dos tercios de marasmo, descolorimiento universal, tumefacción en la región del sacro, músculos muy poco descoloridos, consistencia natural.

2. Cabeza. Los vasos de la aracnoides en su mitad posterior ligeramente inyectados, las desigualdades y circunvoluciones del cerebro recubiertas por una materia parduzca de consistencia y transparencia gelatinosa, un poco de serosidad semiroja bajo la dura-máter; el resto del cerebro y cerebelo no ofrecieron en su substancia ningún signo patológico.

3. **Pecho.** De los dos lados posterior y superior estaban adheridas las pleuras pulmonares a las pleuras costales por producciones semimembranasas; endurecimiento en los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado presentó un manantial abierto de color de las heces del vino, jaspeado de algunos tubérculos de diferentes tamaños, no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa, y dividiéndola con el escalpelo se descubrió una concreción calcárea irregularmente angulosa de tamaño de una pequeña avellana. Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó un moco pardusco que por la presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada particular, aunque bañado en un líquido ligeramente verdoso, contenido en el pericardio.

4. **Abdomen.** El estómago, dilatado por un licor amarillento de que estaban fuertemente impregnadas sus paredes, no presentó sin embargo ninguna lesión ni flogosis; los intestinos delgados estaban ligeramente meteorizados; la vejiga enteramente vacía y pegada bajo el pubis, no ofreció ningún carácter patológico. El hígado de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa; la vejiga de hiel muy extendida; las glándulas mesentéricas obstruidas; el bazo y los riñones en buen estado. Las vísceras del abdomen en general no sufrían lesiones graves.

Según este examen es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S.E. el Libertador era en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado pasó al estado crónico y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa.

San Pedro, Diciembre 17 de 1.830, a las ocho de la noche.

Alejandro Próspero Reverend”

Tomado fielmente del original (18)

El cadáver fue trasladado a la casa de la Aduana en Santa Marta, la misma que habitó a su llegada y allí fue embalsamado por el mismo Dr. Reverend. El general Mariano Montilla dispuso el entierro lo mejor posible el cual se realizó el día 20, con la asistencia de su séquito de militares, sus pocos amigos, los veteranos de la independencia y la población de Santa Marta. Fue enterrado en una humilde bóveda en la catedral, sin distinción alguna que le pusiera el gobierno. Allí permaneció durante 12 años. En 1.842 el gobierno de Venezuela quiso reparar las ofensas infligidas al Libertador y trasladó sus restos a Caracas. Se hizo un magnífico funeral y quedó colocada la urna de sus restos en una capilla de la catedral en un hermoso monumento (7,11,14,15,17, 18, 19).

Sólo la muerte se atrevió a ignorar que Su Excelencia era inmortal

El Doctor Reverend

Esta nota transcrita textualmente, nos fue facilitada por el Dr. Héctor Reverend Pacheco y pertenece a su archivo familiar:

“En febrero de 1.796 nació en Falaise (Normandía)¹ Alejandro Próspero Reverend. Estudió en

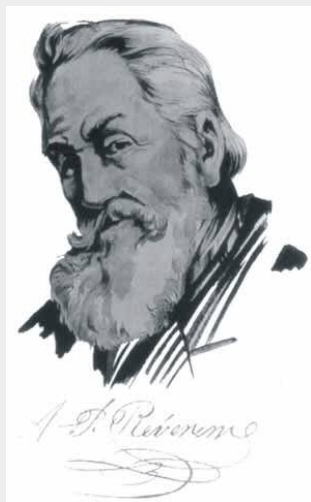


Figura 2. Retrato del Doctor Alejandro Próspero Reverend, ya en su madurez. Cedido por el Profesor Héctor Reverend Pacheco.

el Liceo de Caen. En 1.814 se alistó como soldado en un cuerpo de caballería del ejército de Napoleón y participó en la desgraciada campaña del Loire de 1.820. Radicado en París, estudió medicina. Partidario ardiente de las ideas republicanas y creyéndose inseguro en Francia, se dirigió a Colombia y arribó a Santa Marta en 1.824. Allí fue médico del hospital militar, miembro de la Junta de Sanidad, Cirujano mayor del ejército en 1.830, año en que llegó el Libertador enfermo a Santa Marta cuando Reverend se encargó de asistirlo. Del 1 al 17 de diciembre publicó treinta y tres boletines relativos al Libertador, y tres horas después de muerto este hizo su autopsia. Después, en 1.838, desempeñó en Santa Marta el consulado de Francia. En 1.842, cuando fueron repatriados los restos de Bolívar a Reverend le tocó identificarlos. En 1.866 publicó en Francia una colección de documentos titulada: La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú. En 1.867 se acuñó en Venezuela

una medalla con esta inscripción: “Congreso de 1.867. Venezuela agradecida a A Próspero Reverend”. Más tarde se le condecoró con el busto del Libertador y se le asignó una pensión. Regresaba de París cuando murió en Santa Marta el 1 de diciembre de 1.881, a los 81¹ años de una vida consagrada a los más bellos ideales “ (7, 18, 19).

En abril 27 de 1.938 el Sr. Charles Gautier, Cónsul de Francia en Santa Marta, le envía una carta a la Sta. Doña María Teresa Reverend que dice: “Como se lo he prometido tengo el placer de remitir a Ud dos retratos de su abuelo Doctor Reverend, el más apagado es el que trajo de su último viaje que hizo para Francia en la ciudad de Fecamp¹ donde nació, el otro es un facsimile que se hizo para acompañar el pasaporte que trajo y que le he remitido al Sr. Gobernador Goenaga para depositarlo en San Pedro Alejandrino cuando se trasladaron los restos del Dr. Reverend al pie del altar de la quinta. Que estos retratos sean para Ud y sus padres un recuerdo precioso por haber sido su abuelo el médico del Libertador el Gran héroe Simón Bolívar. Reciba Ud los respetuosos saludos de su servidor, Charles Gautier”. (transcrito del original) (19) (Figura 2).

En la última parte del escrito titulado “Detalles muy interesantes ocurridos entre el Libertador y su médico de cabecera” del Dr. Reverend narra sus conversaciones con el Libertador y dejó claro el estado mental del enfermo en el curso de su enfermedad. Dejó escrito que después de la entrevista privada con el obispo Estévez, tienen una conversación que termina con la frase famosa “¡Cómo saldré yo de este laberinto!” (18).

Además el Dr. Reverend dejó claro para la historia que el General Mariano Montilla en su momento gobernador de la provincia de Cartagena, le solicitó que presentara la cuenta de su

1. En estos documentos hay incongruencias en cuanto al lugar y fecha del nacimiento del Dr. Reverend.

asistencia al General Bolívar; el se negó y dijo: “nunca pensé ni pienso sacar una recompensa pecuniaria de mi asistencia al Libertador. Qué más premio que el honor insigne de haber sido su médico?”. Por otra parte fue notorio que los gobiernos de Colombia nunca le expresaron sus agradecimientos y se negaron a conferirle un título de Cirujano Mayor del Ejército Ad Honorem que el General Montilla había solicitado se tramitara. El gobierno de Venezuela, tardíamente le manifestó sus agradecimientos y lo premió con condecoraciones y con una pensión! (año de 1.867) (7,18,19).

Análisis de esta historia clínica

Están consignados los principales hechos, casi todos coherentes, de la historia médica del Libertador que se conocen de diversas fuentes. Fue claro para varios de los médicos que atendieron a Bolívar, que tenían experiencia aprendida en Europa en donde esta enfermedad era prevalente, que tenía tuberculosis (Tisis). La madre murió tuberculosa cuando Bolívar era niño y él posiblemente tuvo la primoinfección en la infancia o la adquirió durante su vida en París luego de muerta su esposa. La primoinfección cicatrizó dadas las buenas condiciones de vida y su buena alimentación. En la autopsia el nódulo calcificado que se halló en el pulmón izquierdo, del tamaño de una avellana (de 1 a 2 cts. de diámetro), era la cicatriz de esa primoinfección?

La reactivación se produjo, posiblemente, cerca de 1.822 y luego de la situación crítica de 1.824 en Pativilca (“tabardillo” para sus médicos en ese momento) se hizo manifiesta la enfermedad pulmonar. Sorprenden la recuperación y la capacidad para pocos meses después, soportar el ascenso de la sierra andina a cerca de los 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar, resistir el ascenso al cerro de Pasco de más de los 4.000 metros, organizar su ejército y luego dar la batalla de Junín, de la que salieron victoriosos. Meses después, luego de la batalla de Ayacucho, viajó al Cuzco y al Alto Perú con alturas de cerca de los 3.600 metros sin desfallecer.

Después de esta etapa la enfermedad pulmonar fue más aparente, con estados febriles muy frecuentes, accesos severos de tos y expectoración hemoptóica, con varias crisis severas y desde 1.828 ya era manifiesta su decadencia física y anímica. Con frecuencia presentaba estados confusionales, delirios, cefaleas muy severas que ya indican un compromiso meníngeo y del sistema nervioso central. Para entonces algunos médicos mencionaron la “fiebre cerebral” y el Libertador se refería a estos episodios como “mis delirios”.

Luego del atentado de septiembre 25 de 1.828, su situación se agravó posiblemente por la exposición al frío en la noche del atentado cuando se refugió debajo del puente del Carmen y la presión emocional tan severa que tuvo. Es muy probable que haya vivido una experiencia de lo que hoy se conoce como síndrome de estrés postraumático, seguido de un estado depresivo crónico hasta el final de sus días.

La tuberculosis siguió progresando, el daño pulmonar empeoró, tenía severos accesos de tos con expectoración hemoptóica, fiebre casi continua, debilitamiento y manifestaciones fluctuantes del cuadro de compromiso cerebral y meníngeo. Todo esto fue más severo a partir de 1.829 y de su último viaje a Quito. El regreso a Bogotá en enero de 1.830 fue un esfuerzo

demasiado grande para el enfermo y la descripción de su aspecto relatada por varios historiadores es dramática. Nada mejor para apreciarla que los cuadros hechos por el pintor Espinosa en el período de enero a mayo de ese año, que muestran la decadencia física del ilustre enfermo.

Todos estos síntomas persistieron, los cambios mentales fueron más aparentes, se quejaba de fallas de memoria, estaba irritable y a veces colérico o melancólico y se sintió incapaz de seguir gobernando, de tomar decisiones y de prever su futuro. Antes de su partida de Bogotá al exilio se acentuó la depresión (¡Mi gloria! Por que me la arrebatan?) y hubo premoniciones de muerte. En los meses finales de su vida se acentuaron estas manifestaciones en especial durante todo el viaje de Bogotá a Cartagena y finalmente a Santa Marta. Hubo fluctuaciones de su estado mental, delirios y estados confusionales, con deterioro de su memoria y las cefaleas eran persistentes. Los últimos 17 días de su vida quedaron muy bien reseñados por su médico de cabecera y la autopsia que le practicó confirmaron el diagnóstico de tuberculosis pulmonar y del compromiso meníngeo (18). No es fácil establecer correlaciones de las fluctuaciones de estos síntomas con los hallazgos de la autopsia, bien pueden relacionarse a la meningitis y a una posible hidrocefalia con un síndrome de hipertensión endocraneana intermitente. En este contexto es sorprendente que en el día 10 presenta lucidez mental y puede dictar su testamento, su última proclama y las disposiciones finales, para caer luego en el delirio y la confusión mental. Además hay que considerar que en los últimos días de la enfermedad debió presentarse un trastorno metabólico importante: deshidratación, anemia, desnutrición y marasmo, falla renal, agregándole a la meningitis una encefalopatía metabólica.

En conclusión con las limitaciones de la autopsia y con las observaciones clínico patológicas disponibles no queda duda de que el Libertador murió de tuberculosis pulmonar (“tisis”) con compromiso del sistema nervioso central. Esto ocurrió cincuenta y dos años antes del descubrimiento del *Mycobacterium tuberculosis* por Robert Koch.

Para comprender mejor el estado del conocimiento acerca de esta entidad en 1.830 y su desarrollo posterior hasta nuestros días, veamos esta breve reseña histórica.

El médico escocés **Robert Whytt** hizo la primera descripción de la meningitis tuberculosa a finales del siglo XVIII, en una monografía en la que describió la hidrocefalia aguda de los niños (1.768), que se llamó enfermedad de Whytt. Más tarde el cirujano inglés **Percival Pott** describió la espondilitis tuberculosa (1.778), el llamado Mal de Pott. En 1.850 la tuberculosis pulmonar y sus complicaciones eran la causa de aproximadamente el 25% de todas las muertes en Inglaterra y en los Estados Unidos.

En el Siglo XIX aparecieron las descripciones de la patología de esta enfermedad, así: en Francia en 1.830 Paparoni y en 1.835 Fabre y Constant establecieron la autonomía de la meningitis tuberculosa entre las meningitis simples y las hidropesías cerebrales, y describieron la aracnoiditis tuberculosa. Rillet y Barthez en 1.842 describieron las diferentes formas anatomoclínicas y Bouchut en 1.866 y 1.876 describió los tubérculos coroideos, más tarde se estudió el LCR por la punción lumbar que fue desarrollada por el alemán Quinke en 1.891. En 1.882 el sabio alemán

Robert Koch aisló el *Mycobacterium tuberculosis* como el agente causal de la “consunción” que para esa época era la enfermedad infecciosa más devastadora, y con los estudios del LCR se estableció la relación entre la clínica y los conceptos microbiológicos de la enfermedad.

Rich y McCordock cuarenta años después, en 1.933, aclararon la patogénesis estudiando los pequeños granulomas del cerebro, plejos coroides y meninges y su valor en la evolución de la enfermedad (los focos de Rich) y explicaron los mecanismos inmunológicos en la activación de los focos preexistentes.

A partir de 1.944 con la introducción de los antibióticos para el tratamiento de la tuberculosis, la estreptomycin en 1.944 y la isoniazida en 1.952, cambió el espectro de esta enfermedad y se trasformó la situación epidemiológica en el mundo; situación que desde hace un poco más de dos décadas (1.981-82), está siendo agravada por el impacto causado a la defensa inmune por la epidemia del virus de la inmunodeficiencia humana el VIH.

Referencias

1. **Angel, Pilar Moreno de:** José María Córdova. Biografía. Planeta Colombiana Bogotá 1995.
2. **Arismendi Posada, Ignacio:** **Presidentes de Colombia 1.810 – 1.990.** Planeta Colombiana Editorial, Bogotá 1.989, pp. 43-60.
3. **Arteaga Hernandez Manuel, Arteaga Carvajal Jaime:** Historia Política de Colombia. Intermedio Editores, Bogotá 1.986.
4. **Boulton, Alfredo:** El rostro de Bolívar. Macano Ediciones, Caracas, 1.982.
5. **Cordovez Moure, José María:** Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Primera Edición Colombiana, Abril 23, 1.997. Fundación para la Investigación y la Cultura, FICA, Cali. Gerardo Rivas Moreno (Editor). Bogotá 1.997. Impresor Panamericana Formas e Impresos, S.A. Bogotá, Marzo 2.000.
6. **Cortejoso, Leopoldo (MD):** Tuberculosos Célebres. Grandes personalidades forjadas por la tuberculosis. 2ª. Edición. Editorial Mateu. Barcelona 1.958. pp 571-578.
7. **García Lopenza, Pedro:** Alejandro Próspero Reverend. Bicentenario. El Universal. Caracas 2 de junio, 1.997.
8. **García Marquez, Gabriel:** El general en su laberinto. 1ª Edición.. Editorial La Oveja Negra. Bogotá 1.989.
9. **García Ortiz, Laureano:** El General Santander. Hombre de las Leyes. Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares. Bogotá 1.979.
10. **González, Florentino:** Memorias. Bolsilibros Bedout. Editorial Bedout S.A. Medellín, 1.975.
11. **Henao, Jesús María, Arrubla, Gerardo.:** Historia de Colombia. Para la enseñanza secundaria. Tomos I y II. 5ª Edición. Librería Colombiana Camacho Roldán & Cia. Bogotá 1.929. pp 539, 551, 568-583.
12. **Hagen, von Víctor W.:** Las cuatro estaciones de Manuela. Carlos Valencia Editores. Printer Colombiana. Bogotá 1.982. Traducción del original inglés: “ The four seasons of Manuela. The love story of Manuela Sáenz and Simón Bolívar”. 1.952.
13. **Lacroix, de Luis Perú:** Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar. Año 1.828. FICA. Fundación para la investigación y la cultura. Bucaramanga. 1.999. Primera edición por Cornelio Hispano (Ismael López, Buga: 1.880-1.962). París, marzo 1.912.
14. **Lievano Aguirre, Indalecio:** Bolívar. Imprenta del Ministerio de Educación de Venezuela. Caracas 1.974.
15. **Masur, Gerhard:** Simón Bolívar. 1ª Edición en Inglés. The University of New Mexico Press 1.948. Edición actualizada: Ediciones de la Presidencia de la República. Academia Nacional de Historia. Grijalba, S.A. Caracas, Venezuela 1.987.
16. **Mutis, Alvaro:** El último rostro (fragmento). Revista Nacional de Cultura. Caracas, Venezuela. Año XXXIX, N° 233 (Sept.-Dic.) 1.977.

17. **Restrepo, José Manuel:** Historia de la Revolución de la República de Colombia. Reedición en Bolsilibros Bedout, en VI tomos. Editorial Bedout Medellín 1.969. Primera edición: París 1.827. Segunda edición definitiva Impresa en Besanzon, en 1.858.
18. **Reverend, Alejandro Próspero:** La última enfermedad los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú por su médico de cabecera el Dr. A.P. Reverend. Imprenta Hispano-Americana de Casson y Comp. París 1.886.
19. **Reverend, Héctor:** Datos biográficos del Dr. Alejandro Próspero Reverend. Del archivo familiar. Inédito.

Algunas contribuciones colombianas al conocimiento de la infección tuberculosa del sistema nervioso:

1. **Bernal B, Velandia F.:** Tuberculomas del sistema nervioso central. *Neurología Col.* 1.984; 8: 41-45.
2. **Biomédica,** 2.004; 24 (supl): Tuberculosis.
3. **Cardona R, Ochoa A, García LF y cols.:** Inmunoglobulinas en LCR y suero de pacientes con meningitis tuberculosa. *Acta Médica Colombiana* 1.986; 11: 43-51
4. **Escobar J.A, Belsey MA, Dueñas A., Medina P.:** Infecciones agudas del sistema nervioso central en niños de Cali, Colombia. *Acta Médica Valle.* 1.976; 7: 1-7.
5. **Escobar J A, Belsey MA, Medina P, Dueñas A.:** Terapia con esteroides y reducción de mortalidad en meningitis tuberculosa. *Acta Médica Valle.* 1.976; 7: 49-53..
6. **Guzman S, Torres G.:** Algunos comentarios sobre meningitis tuberculosa en la infancia. *Rev. Soc. Col. De Pediatría y Puericultura.* Vol. III N° 1 y 2 enero- julio 1.960; 31-38.
7. **Latorre P.:** Tuberculosis: Lecciones derivadas del conocimiento de su historia natural. *Acta Médica Colomb.* 1.988; 13: 101-105.
8. **Lizarazo J.:** Aparición paradójica de tuberculomas encefálicos durante el tratamiento de tuberculosis en pacientes inmunocompetentes. *Biomédica* 2.004; 24 (supl): 34-42.
9. **Luján-Piedrahita M, González-Arroyave AM, Tobón AM, Cadena J. et al:** Tuberculosis extrapulmonar en una población VIH negativa. *Acta Med Colomb* 2.004; 29: 59-71.
10. **Palma R, Lizarazo J.:** Meningitis tuberculosa. Un informe de 19 casos. *Acta Neurol Colomb* 1.986; 2:16-19.
11. **Palma R, Lizarazo J.:** Absceso cerebral tuberculoso. *Acta Neurol Colomb* 1.987; 3: 16-19.
12. **Palma R., Lizarazo J, Vergara I, Toro G, Saravia J.:** La infección tuberculosa del sistema nervioso central. *Acta Med Colomb* 1.988; 13: 106-124.
13. **Pinilla AE:** Caso clínico de la Unidad de Medicina Interna Integral: TBC miliar con tuberculomas del sistema nervioso. *Rev. Fac. Med. UN Col.* 1.995; 43: 78-86.
14. **Reverend AP:** La última enfermedad los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú por su médico de cabecera el Dr. A.P. Reverend. Imprenta Hispano- Americana de Casson y Comp. París 1.886.
15. **Román G:** Conceptos actuales sobre diagnóstico y tratamiento de la meningitis tuberculosa. *Tribuna Médica de Colombia.* 1.976.
16. **Sánchez E, Pardo R, Caballero A:** Meningitis tuberculosa. “Un vistazo a un viejo problema”. *Acta Neurol Colomb* 1.992; 8: 143-150.
17. **Toro G, Román G, Navarro de Román L:** *Neurología Tropical. Aspectos neuropatológicos de la medicina tropical.* Bogotá: Editorial Printer 1.983: 131-137.
18. **Torres Umaña C.:** Tuberculosis infantil. *Facultad de Medicina Universidad Nacional,* febrero 1.937; 7: 8.
19. **Torres Umaña C.:** Diagnóstico y semiología pediátricos. *Meningitis TBC.* Bogotá: Osma 1956; II 731-732.
20. **Trujillo J, Toro G, Corso C:** Tuberculomas cerebrales. *Rev.Fac. Med. UN Colombia* 1.971; 37: 412-416.
21. **Uribe Uribe A.** A propósito de una meningitis tuberculosa. *Rev. Fac. Med. UN Colombia.* 1.948; 17: 1-14.
22. **Uribe H, Restrepo A, Díaz F.:** Estudio prospectivo clínico, microbiológico de la meningitis subaguda y crónica. *Antioquia Médica* 1973; 23: 153-164.
23. **Vergara I, Saravia J, Toro G, Román G, Navarro L.:** Meningitis del adulto. *Rev. Fac. Med. UN Colombia* 1.971;37:

321-379.

- 24. Vergara I, Saravia J, Toro G, y col:** La infección tuberculosa del sistema nervioso central: Estudio de 165 casos. Acta Med Colomb. 1.976; 1: 33-52.
- 25. Vergara I, Saravia J, Toro G:** Infección tuberculosa del sistema nervioso central. En: Infecciones del sistema nervioso central. Editores: G. Toro, I. Vergara, J. Saravia, Ch. Poser. Bogotá. Fondo Educativo Interamericano S.A. 1.978. pp 76-93.
- 26. Vergara I.:** Meningitis tuberculosa. En: Tratado de Medicina Interna. Editores: F. Chalem, J. Campos, R. Esguerra, Ph. Chalem. 4ª Edición. Bogotá. Editorial Celsus. 2.005. Vol. 1 pp 705-707.

Agradecimientos

Al Profesor Doctor HECTOR REVEREND PACHECO por facilitarnos la fotografía del Dr. Alejandro Próspero Reverend y los documentos de su archivo familiar.

*Ignacio Vergara García
Neurólogo. Profesor Honorario.
Facultad de Medicina.
Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.*

*Gabriel Toro González
Neuropatólogo. Profesor Honorario.
Facultad de Medicina.
Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
Investigador Emérito. Instituto Nacional de Salud. Bogotá.*